

lenguas, y el no poder con la difícil pronunciación alemana?

La víspera de Todos Santos le dieron las notas, y fueron regulares. De mil maneras me rogó que no las enviara á su madre.

—¡Mi querido maestro, me suplicaba juntando las manos, mamá ignora que den notas por Todos Santos, y de aquí á Navidad estudiaré muchísimo, y Dios tendrá piedad de mí!

El pobre niño alentaba la esperanza de que antes de Navidad lograría mejores notas.

Y yo también le alentaba de que á la postre se habituaria al difícil acento alemán. A acrecentar estas esperanzas vinieron las primeras notas que obtuvo después de Todos Santos: fueron inmejorables, siendo una de ellas la del latín. Fué el único de clase que supo que el perfecto de *Gaudeo* era *ga-visus sum*.—Rebosando indecible satisfacción lo escribió á su adorada madre.

Efecto de estas notas estudió con singular empeño los participios de todos los verbos. ¡Obtener buenas notas era su ilusión, su vida!

Mas la desgracia volvió. El malhadado acento polaco anulaba los esfuerzos de Mihás. Además las lecciones eran muy largas, superiores á sus fuerzas, excesivas para su escasa memoria.

Una circunstancia vino á aumentar la tris-

teza que embargaba su ánimo. Para ver si con el ejemplo de un buen estudiante aprendía con mayor facilidad, invitaba á Ovitski, quien compartía con Mihás las lecciones que les daba. Un día se les olvidó decirme que debían presentar una composición. Para Ovitski el olvido no tuvo consecuencias, pues desde que había logrado ser el primero, los profesores apenas le preguntaban; mas para Mihás la cosa fué muy distinta: en presencia de los condiscípulos recibió una fuerte reprimenda, acompañada de amenaza de expulsión.

Los profesores creyeron que para economizarse trabajo había repetidas veces dejado las composiciones: y aquel pobre niño era incapaz de la falta que le imputaban. Como no acertó á probar su inocencia, fuí á visitar á los maestros. Estos señores me contestaron que yo fomentaba la pereza de los alumnos. Lo cual me indignó, pero me preocupaba tanto el estado de Mihás, que horas después ya no daba importancia á la infundada y calumniosa observación.

Al anoecer de aquel día vi á Mihás, la cabeza entre las manos, llorando á lágrima viva; le oí murmurar: «¡Qué desgracia! ¡qué desgracia!» Al día siguiente recibió una carta de Pani-María felicitándole por sus triunfos, la cual vino á aumentar su pena.

—¡Ah! suspiraba, preparo un gran desengaño á mamá, que estaba tan contenta de su hijo!

Cuando la siguiente mañana coloqué la cartera sobre sus hombros, sufrió un ligero desvanecimiento. Me empeñaba en que no saliera de casa, pero él me aseguró que se sentía bien, que aquello no era nada. Temiendo que se repitiera, rogóme le acompañara.

Por la tarde regresó con una nota regular. Se la dieron por una lección que sabía al dedillo. Cuando le preguntaron, levantóse temblando de miedo, y no logró articular palabra: «¡Es V. un perezoso!» le dijo el maestro. Herido por tal reproche, abrió airado sus libros, multiplicó su actividad, trabajó con la fiebre de la desesperación; mas en vano.

El resultado fué perder la confianza que en sí tenía. Se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, y de que jamás lograría aprender. Y pensaba en el disgusto que daría á su madre: ¡en que quizás él sería la causa de que perdiese por completo su ya quebrantada salud!

El párroco de Zalesin, con la mejor intención del mundo, le escribía de vez en cuando cartas que le hacían mucho daño:

—No olvides, mi queridísimo Mihás, que de tus progresos depende la salud de tu madre.

Esta advertencia le causó tan dolorosa impresión, que aun durmiendo repetía con triste voz:

—¡Mamá! ¡mamá! cual si implorara perdón.

Las notas eran cada vez peores.

Acercábase Navidad, y ya no cabía esperarlas mejores. Escribí á Pani-María previniéndola. La decía sin rodeos que el niño estaba débil y enfermizo, y que á pesar de sus grandes esfuerzos no lograba el resultado apetecido. Añadía que probablemente, pasadas las vacaciones, sería menester dejarle en el campo y velar por su salud. Ansiosa y alarmada me contestó, y la carta revelaba el inmeso amor que para con sus hijos encerraba el corazón de aquella madre.

Nada dije á Mihás de esta carta, porque el proyecto de sacarle del colegio quizás le hubiera causado impresión nociva. Me limité á explicarle que había dado cuenta á su madre de sus esfuerzos y asiduo trabajo, y que ella comprendería y no daría importancia á sus notas bajas.

Estas mis explicaciones le consolaron. Al pensar que pronto abrazaría á su madre y á Dolores, sonreía á través de sus lágrimas.

Yo también esperaba con ansia el instante de volver á Zalesin, pues la salud de Mihás me causaba serios temores. El afecto que al llegar le prodigaría su madre, la

dulce calma que le rodearía, el aire puro de los campos natales, y aquella atmósfera de amor y de familia, ejercerían salvadora influencia en la quebrantada salud de aquel pobre niño.

Esperaba las vacaciones con ansiedad creciente, y contaba los días y las horas que de éstas nos separaban, pues cada una de ellas causaba nuevos disgustos á Mihás. El profesor le dirigió en público una segunda reprimenda porque, según decía, estorbaba á sus compañeros. Esta ocurrió pocos días antes de las vacaciones. Detalle sin importancia, pero que contribuyó no poco á que el golpe causara en el niño terrible efecto. ¿Qué confusión, qué caos de ideas engendró tan lamentable incidente en aquel torturado cerebro? ¡Sólo Dios lo sabe! Sea de ello lo que fuere, desde entonces bañó su rostro intensa expresión de profunda melancolía.

Además sentía en el pecho sofocadora opresión, y su garganta sólo se abría para sollozar. Rara vez levantaba sus ojos, reveladores de inmensa tristeza. Dijérase que era un pajarillo atormentado, herido de muerte.

Me obedecía maquinalmente, sin ilusión, cual si durmiera. Al invitarle á dar un paseo no se oponía como en otros tiempos. Cogía el abrigo y el sombrero, y me seguía

sin decir palabra. Tal indiferencia quizás me hubiera gustado á no adivinar que aquella calma aparente escondía un no interrumpido sufrir y obstinada resignación.

Cumplía regularmente sus deberes, mas era por costumbre. Cualquiera observador adivinara que, cuando repetía maquinalmente las conjugaciones, pensaba en otras cosas ó, y quizás esto era lo cierto, no pensaba en nada.

Recuerdo que una vez le pregunté si había acabado de estudiar, y el me contestó muy quedo cual si durmiera:

—Creo, maestro, que el terminar es inútil.

No me atrevía á hablarle de su madre, temiendo aumentar aquel dolor que él se esforzaba en reprimir.

Su salud me inquietaba muchísimo. Su delgadez era horrible: cuando sentía alguna emoción violenta, se le hinchaban las venas de las sienas. Tenía la piel tan blanca que parecía diáfana, y en tal estado su figura inspiraba simpatía: era hermoso como un ensueño ó una visión.

¡Daba pena mirar la angelical cabeza de aquel niño, pobre flor marchita apenas nacida!

Sus fuerzas disminuían! Llegó á serle imposible llevar todos los libros en la cartera. Fué preciso que yo le ayudara, tomándole la

mitad y acompañándole hasta la puerta del colegio.

Llegaron los últimos días de clase, y llegaron también los caballos que debían conducirnos á Zalesin. Pani-María escribió á su hijo :

«Mihás, sé que no estás bueno. Tus notas no me preocupan: lo principal es que tus profesores estén convencidos, como yo lo estoy, de que has trabajado con empeño y has hecho cuanto has podido para sobresalir.»

Los profesores alemanes fueron injustos al reprender públicamente á Mihás por su *conducta*. Estos señores opinan que tienen conducta excelente los alumnos que se burlan de Polonia y ridiculizan sus tradicionales costumbres, su historia gloriosa, sus incomparables leyendas. Y Mihás, á fuer de buen polaco, no podía, no debía hacerse culpable de tan vil servilismo, y ésta y no otra fué la causa de que le expulsaran del colegio.

El día que me trajo la orden de expulsión llegó tarde, ya había anochecido. La obscuridad que reinaba en el aposento me impidió verle el rostro. Silencioso fué á apoyarse en la ventana, y quedóse con los ojos muy abiertos mirando vagamente los copos de nieve que caían meciéndose en el aire.

¡Pobre Mihás! ¡cuánto sufriría! No me

atreví á hablarle. Inmóvil permaneció un cuarto de hora. Me ocupaba preparando el equipaje, pero la tristeza que revelaba su actitud me resolvió á preguntarle :

—¿Qué tienes, Mihás?

— ¡Ah! exclamó con voz temblorosa, á estas horas mamá y Dolores están en el salón verde sentadas junto al fuego pensando en mí.

—Es probable. Mas ¿por qué tiemblas? ¿estás enfermo?

—No; tengo mucho frío.

Le desnudé y acosté. La vista de sus rodillas tan débiles, de sus miembros tan delgados me entristeció. Le di una taza de té muy caliente y le arropé lo mejor que supe.

—¿Ha pasado el frío?

—¡Sí, pero me duele la cabeza!

Minutos después dormía. Acabé de preparar el equipaje. y sintiéndome fatigado me acosté.

Las tres de la madrugada serian cuando me despertó la pálida luz de la lámpara y el tan conocido monótono murmullo. Abrí los ojos, y mi corazón latió con violencia.

Sentado cabe á la mesa de estudio vi á Mihás; por todo vestido llevaba la camisa de dormir. Sus mejillas ardían, tenía cerrados los ojos para recordar sin distraerse, y la cabeza alta é inclinada ligeramente hacia atrás. Repetía con voz monótona y débil:

—Subjuntivo: *amem, ames, amet, amemus, ametis...*

Le llamé:

—¡Mihás!

—Subjuntivo: *amem, ames...*

Le cogí por los hombros sacudiéndole suavemente.

Pareció despertar, y me miró asombrado como si me desconociera.

—¿Qué haces, hijo mío?

—Maestro, me dijo sonriendo, sé la lección de cabo á rabo: mañana tendré buena nota.

Le tomé en brazos y le volví á la cama. Su cuerpo ardía.

Afortunadamente, en uno de los pisos de la casa en que habitábamos vivía un médico. Lo mandé llamar con urgencia. Poco le costó conocer la enfermedad. Examinó al enfermo, le puso la mano en la frente, y dijo:

—¡Es un ataque cerebral!

—Sí, era evidente: esta pobre cabeza debía acabar por sucumbir.

Su debilidad asustaba. Telegrafíé á Pani-María, la cual llegó el día siguiente. Pálida y temblando me cogió las manos, y mirándome con mirar en que se reflejaba toda su alma, me preguntó con indecible angustia:

—¿Vive?

—Sí, vive: el doctor dice que mejora.

Y ella corrió al cuarto de su hijo.

Había mentido. Mihás vivía, pero su estado era cada vez peor.

No conoció á su madre cuando ella le besaba.

Al cambiarle el hielo que le poníamos sobre la cabeza, empezó á fijarse en aquella mujer enlutada que se inclinaba sobre él. Su alma hizo un visible esfuerzo para vencer la fiebre y el delirio. Intentó sonreír y sus labios murmuraron:

—¡Mamá!

Ella le cogió las manos cubriéndolas de besos, y permaneció horas y horas mirándole inmóvil, sin recordar que no se había cambiado el vestido de viaje. Al advertirla que aún llevaba el sombrero,

—Es verdad, dijo, lo había olvidado.

Cuando descubrió su magnífica cabellera rubia, vi junto á las sienes algunos cabellos blancos. Quizás dos días antes no los tenía.

Ella le cambió las bolsas de hielo, ella le dió las medicinas. El niño enfermo miraba á su madre, pero no la conocía. Al anocheecer aumentó la fiebre. Delirando declamó la balada de Jolkyeski de Nyemtsevich (1), y no cesaba de conjugar verbos latinos.

Repetidas veces me vi obligado á salir del aposento, pues para mí aquel espectáculo era demasiado horrible. Cuando Mihás es-

(1) Poeta polaco, muerto en 1841.

taba bueno le había enseñado á ayudar Misa, para al regresar á Zalesin dar á su madre una grata sorpresa, y sentí que un estremecimiento de terror recorría mi cuerpo, cuando el niño antes de morir repitió con voz débil y acento triste: *Deus meus, quare me repulisti, et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?* «¡Dios mío! ¿por qué me has desechado, y por qué ando triste cuando mi enemigo me aflige?»

¡No puedo describir la penosa impresión que me causaron estas palabras!

Aquel día era la víspera de Navidad; de la calle subían el alegre tumulto de la multitud y las vibrantes notas de las campanillas de los trineos. Cuando encendieron luz en la casa de enfrente, vimos á través de los cristales de la ventana un grupo de niños, que alrededor del *árbol de Navidad*, resplandeciente y lleno de juguetes, reían y chillaban rebosando alegría, en tanto nuestro querido enfermito repetía incansable y tristemente: *Deus meus, Deus meus, quare me repulisti?*

Era Nochebuena y pensábamos en la muerte.

Por un momento nos pareció que el delirio cesaba, pues llamó á Dolores y á su madre. Fué ilusión. A la pérdida del conocimiento debió añadirse la pérdida de la vista. No me veía. Era insensible.

No veía á su madre, que apoyaba la cabeza en la almohada cabe á la cabeza del niño. Este, indiferente á todo, ni abría los ojos. Cada aliento que se escapaba de su pecho, le llevaba más lejos del mundo. Una mano extendida sobre el cobertor tenía la rigidez de la muerte. Se le aflaba la nariz, y su rostro adquiría una expresión grave. La respiración era cada vez más corta y frecuente. Un momento, y exhalaría el postrer suspiro.

A media noche creímos que moría. El médico acercó un espejo á los labios de Mihás; aun respiraba.

Pasó una hora, y de súbito la fiebre disminuyó, creímos que se había salvado. Hasta el médico alentó un momento de esperanza. La pobre Pani-María cayó desvanecida.

Durante dos horas la mejora se acentuó. Era la cuarta noche que pasaba de pie cabe el enfermo; terribles excesos de tos me atormentaban. Fuí á la sala vecina y echéme sobre un sofá, quedando inmediatamente dormido.

La voz de Pani-María me despertó; primero creí que me llamaba, mas luego le oí repetir:

—¡Mihás! ¡Mihás!

Se me erizaron los cabellos; aquel acento de indecible dolor me afirmaba que todo

había concluido. Me precipité al dormitorio. Ella inclinada sobre su hijo mirándole como loca. Al verme me dijo contraídos los labios por la desesperación:

—¡Mihás ha muerto!

Temblando me acerqué á la cama. Era verdad. La cabeza caída, la boca abierta, los ojos fijos cual para ver muy lejos, y la rigidez de sus miembros no permitían dudar.

¡Mihás había muerto!

Arreglé la ropa que cubría su delgado cuerpo, le cerré los ojos, y luego asistí á la pobre madre, que había perdido el sentido.

El primer día de vacaciones lo pasé preparando el entierro. Sufrí lo indecible, pues Pani-María no quería separarse de aquel cuerpo helado, y era víctima de continuos desvanecimientos. Cayó sin sentidos al ver tomar las medidas para la caja, y de nuevo cuando empezaron á vestir al niño muerto. Quería arreglar personalmente las almohadas de raso del interior del féretro y repetía, cual víctima del delirio, que su hijo no podría descansar con la cabeza tan baja.

¡Y Mihás tendido sobre el lecho, con su traje nuevo, con sus guantes blancos!

Después de luchar con el desesperado dolor de la madre, le colocamos en el ataúd, y luego sobre el catafalco rodeado de cirios encendidos. La sala donde el pobre niño había conjugado tantos verbos y estudiado



Me precipité al dormitorio. Ella inclinada sobre su hijo mirándole como loca.

tantas lecciones fué transformada en capilla ardiente.

Nunca, desde el día que obtuvo sus postreras buenas notas, había visto el rostro de Mihas bañado de aquella plácida calma. Su delicado perfil sonreía como si, al fin, descansara y gozara la verdadera felicidad.

Los reflejos de los cirios daban á la sonrisa una apariencia de vida en la calma del sueño.

Uno tras otro llegaron su condiscípulos que no habían ido al campo á gozar las vacaciones. La vista del catafalco y del ataúd parecía causarles profunda impresión. Quizás la causa de ella era el aire de dignidad que respiraba el rostro de su compañero muerto.

Pocos días hacía, sentábase entre ellos en la clase, y cual ellos inclinaba su débil cuerpo al peso de la cartera repleta de libros alemanes: le daban malas notas y en presencia de la clase era injustamente reprendido. Pero ahora le veían allá, rígido, elevado por la muerte muy por encima de todos, tristemente hermoso, serena la frente, rodeado de luces. Se le acercaban con respeto no exento de temor. Ovitski, el primero de la clase, sentíase pequeño en presencia del compañero muerto.

Hablando en voz baja decíanse que Mihas era feliz, que aún cuando se presentara el



inspector, no temblaría, y continuaría sonriendo dulcemente.

—Puede hacer cuanto guste, decían, hasta hablar con los Angeles.

Se arrodillaron al rededor del catafalco y rogaron á Dios por el eterno descanso de Mihás. Al día siguiente cerraron la caja y la llevaron al cementerio, donde paladas de tierra y nieve la cubrieron para siempre.

¡Hoy, al escribir estas líneas, cumple un año de tu muerte, y no te olvido un solo instante; mi pensamiento está fijo en ti, querido Mihás! Ignoro si me escuchas; sólo sé que tu antiguo maestro tose hoy más que nunca y que la tos le mata, que el mundo le parece vacío, que se encuentra solo, y que su único anhelo es volar á abrazarte, á ser contigo feliz para siempre!

